

# Ejército, asamblea y *polis*: cuando las asambleas se reúnen fuera de su marco urbano

Laura Sancho Rocher

DANS **DIALOGUES D'HISTOIRE ANCIENNE** 2023/SUPPLÉMENT27 (S 27), PAGES 125 À 146  
ÉDITIONS PRESSES UNIVERSITAIRES DE FRANCHE-COMTÉ

ISSN 0755-7256  
DOI 10.3917/dha.hs27.0125

Article disponible en ligne à l'adresse  
<https://www.cairn.info/revue-dialogues-d-histoire-ancienne-2023-Suppl%C3%A9ment27-page-125.htm>



Découvrir le sommaire de ce numéro, suivre la revue par email, s'abonner...  
Flashez ce QR Code pour accéder à la page de ce numéro sur Cairn.info.



Distribution électronique Cairn.info pour Presses universitaires de Franche-Comté.

La reproduction ou représentation de cet article, notamment par photocopie, n'est autorisée que dans les limites des conditions générales d'utilisation du site ou, le cas échéant, des conditions générales de la licence souscrite par votre établissement. Toute autre reproduction ou représentation, en tout ou partie, sous quelque forme et de quelque manière que ce soit, est interdite sauf accord préalable et écrit de l'éditeur, en dehors des cas prévus par la législation en vigueur en France. Il est précisé que son stockage dans une base de données est également interdit.

## EJÉRCITO, ASAMBLEA Y *POLIS*: CUANDO LAS ASAMBLEAS SE REÚNEN FUERA DE SU MARCO URBANO<sup>1</sup>

Laura SANCHO ROCHER  
ORCID : 0000-0003-0926-0442  
Universidad de Zaragoza, España  
lsancho@unizar.es

La inspiración para este breve ensayo partió de la lectura de un interesante artículo que escribió Marta Sordi en 2000 en un volumen colectivo, coordinado por la misma estudiosa, titulado *L'opposizione nel mondo antico*. Se trataba de un trabajo sobre el papel de Trasibulo en lo que Sordi denomina “la contrarrevolución de Samos” en 411. Analiza la autora la convocatoria de una asamblea del ejército ateniense en la mencionada isla, producida tras la llegada de la noticia de que los Cuatrocientos se habían hecho con el poder en la ciudad.<sup>2</sup> Esta asamblea decidió deponer a los estrategos y trierarcos sospechosos de oligarquía y nombrar en su lugar a otros. Tras ello, como se deduce de las palabras que recoge Tucídides de forma oblicua y que resumirían lo dicho por unos y otros en esa asamblea, hay cierta argumentación jurídica que Sordi atribuye en concreto a Trasibulo. Entre esos argumentos, en primer lugar, subraya Sordi el uso del principio de la mayoría (aunque en este caso no se ha aplicado al resultado de una votación): los miembros de la flota afirman ser la mayoría, mientras que los que gobernaban en la ciudad serían una minoría;<sup>3</sup> en segundo lugar, muy importante también aunque Sordi no lo comenta, la ciudad y sus instituciones habían dejado de proporcionar *una dirección útil* a la flota;<sup>4</sup> y, finalmente, acusan a los gobernantes oligarcas de haber abandonado

<sup>1</sup> Trabajo realizado en el marco de los proyectos: Programa Logos G999088Q (BBVA-SEEC), PID2020-112558GB-I00 (MICINN) y US-1380257 (US).

<sup>2</sup> Tucídides, VIII, 74, 3; 76, 2.

<sup>3</sup> Tucídides, VIII, 76, 3.

<sup>4</sup> Tucídides, VIII, 76, 6.

los *patrioi nomoi*<sup>5</sup>, lo que vendría a significar una enmienda constitucional global. Mientras que en la asamblea de Colono (celebrada también fuera de la ciudad y no en el lugar habitual), se había prohibido, de algún modo, poner denuncias por propuestas ilegales, los marinos estaban de hecho argumentando sobre la ilegalidad del régimen introducido en Colono. Y, explícitamente, proclamaban que ellos seguían rigiéndose por esas leyes. Por lo demás, los demócratas de la flota se animaban razonando que ellos serían más efectivos a la hora de recaudar los impuestos del imperio puesto que tenían los barcos.<sup>6</sup> No era, por tanto, aconsejable atacar a los nuevos amos de Atenas sino, tal vez, hacerles sentir su impotencia.

Marta Sordi concluye su ensayo sosteniendo que Jenofonte admiró a Trasibulo, como se dejaría ver por cómo subrayó su protagonismo en el regreso del *demos* en 403 y por las palabras que le atribuye en las *Helénicas*.<sup>7</sup> Convertido en jefe de los mercenarios cireos, Jenofonte habría tomado ejemplo de la asamblea de Samos y, tras la batalla de Cunaxa y muerte de Ciro (401 a.C.), y el posterior asesinato de Clearco y otros cuatro generales y veinte *lochagoi*, habría introducido las asambleas formales como medio de organización de los Diez Mil.<sup>8</sup>

Lo que nos planteamos en estas páginas es si las asambleas de soldados son una innovación de Trasibulo, copiada por Jenofonte, y en qué medida representan un fenómeno extraordinario o eran una posibilidad al alcance de todos o algunos ejércitos.

#### I- POSIBLES ANTECEDENTES

Aunque es cierto que llama la atención la frecuencia con la que los soldados son convocados a asambleas en la *Anábasis* y, además, el autor da muchos detalles sobre cómo se producen las convocatorias, quiénes hablaron, y de qué manera se llegó o no a una resolución, las asambleas del ejército mercenario no son las únicas ni las primeras asambleas militares que conocemos en el mundo griego, muy especialmente en relación con campañas multinacionales.

La *Ilíada*, lógicamente, es el referente obvio. Ante la ciudad de Troya se reunió un ejército constituido por grupos de diferentes orígenes, capitaneados por jefes

<sup>5</sup> *Ibidem*.

<sup>6</sup> Tucídides, VIII, 76, 4.

<sup>7</sup> Jenofonte, *Helénicas*, II, 4, 40 s.

<sup>8</sup> Nussbaum 1967, p. 50-51, por el contrario, considera que, en general, las asambleas son políticas, antes de Cunaxa y después de la llegada al mar. Cf., igualmente, Strauss 1983.

numerosos. Como es bien sabido, las decisiones se discuten en cónclaves de un grupo reducido de “ancianos” convocados por el líder de todos los *basileos*, Agamenón. Una vez discutido el asunto, el debate ha de ser llevado a la asamblea (*agora*) donde se vuelve a plantear ante todos los miembros del ejército. Por un lado, esta práctica hace pensar que los individuos anónimos que constituyen la multitud o *demos* son tenidos en cuenta, que su apoyo es necesario.<sup>9</sup> Sin embargo, por otro lado, el poeta al introducirnos en la primera asamblea describe con detalle las tretas que se plantean en la reunión previa de los *gerontes*. Agamenón advierte que él exhortará a los soldados a abandonar el intento de conquista de la ciudad asiática, pero que otros han de aconsejar en contra.<sup>10</sup> Es decir, la asamblea – al menos esta asamblea – se manipula para generar en el auditorio una reacción, aparentemente espontánea y supuestamente contraria a la voluntad del líder que, en realidad, es el objetivo de este.

Como ya señalara Erbse,<sup>11</sup> Clearco en el libro I de la *Anábasis* hace exactamente lo mismo. Aquí, sin embargo, los otros estrategos y *lochagoi* aparentemente no participaban del fraude.<sup>12</sup> Clearco sabía que estaba llevando a los mercenarios que se le habían unido a luchar contra el rey Artajerjes a favor de su hermano Ciro; Jenofonte insiste en que solo él, solo Clearco entre los griegos, lo sabía. Pero, en Tarso, el ejército en su totalidad ya no dudaba de cuál era su objetivo y el ambiente de rebelión era palpable.<sup>13</sup> Por eso, Clearco simula someterse a la voluntad de sus hombres y negarse a acudir a la tienda de Ciro, aunque envía mensajeros ocultamente (*λαθόρη*) al príncipe rebelde para advertirle

<sup>9</sup> Cf., en general, Andreev 1979 y Ruzé 1997, p. 25-103.

<sup>10</sup> *Iliada*, II, 72-75.

<sup>11</sup> Erbse 2010 [1965], p. 480-481.

<sup>12</sup> Cf. Jenofonte, *Anábasis*, cf. I, 4, 11. Sigue abierta la discusión acerca de si, al menos, los generales conocían los planes de Ciro y de Clearco. No resulta muy verosímil que la autoridad de Esparta no estuviera al tanto, cuando aprobó sus planes, supuestamente enfrentarse a algunos tiranos de Cilicia (Diodoro, XIV, 19, 3-5). Jenofonte, que acompañaba al general beocio Próxeno, intentaría, en su *Anábasis*, exonerarse de la acusación de antipatriota que le hiciera su ciudad – ya que Ciro había ayudado a Esparta en la pasada guerra – y por la cual había sido exiliado.

<sup>13</sup> Al obligar a los soldados a seguir la marcha, Clearco es apedreado. Convoca entonces una asamblea de los suyos (*Anábasis*, I, 3, 2: *συνήγαγεν ἐκκλησίαν τῶν αὐτοῦ στρατιωτῶν*) y, luego, convoca a todos los que quieran acudir (§ 9). En esta segunda asamblea expone las dificultades que encontrarán para huir de Ciro (§ 11-12). Los soldados no son informados abiertamente de que van contra el Rey hasta que no llegan al Éufrates, a la ciudad de Tápsaco, donde se celebra otra asamblea y donde exigen de nuevo una mayor soldada (I, 4, 11-12). Cf. Lendle 1995, p. 31-32, sobre la funcionalidad de las asambleas del ejército y la conveniencia de saber hablar a la multitud.

de su estrategia. Convocados todos los que quisieran a una reunión,<sup>14</sup> Clearco miente a todos al manifestar que está dispuesto a desertar de Ciro y ponerse al lado de los griegos, cuando lo cierto es que ha preparado a oradores hábiles que argumentarán acerca de las pocas posibilidades de salir de Asia sin el apoyo del hermano del Rey.<sup>15</sup> Finalmente, se propone que Clearco y otros vayan a entrevistarse con Ciro para, bien permanecer como amigos, bien marcharse con la seguridad de no haberse enemistado con él.<sup>16</sup> La resolución fue que el ejército griego seguiría a Clearco y a Ciro a cambio de una mejor soldada.<sup>17</sup>

Se supone que los ancianos homéricos hacen la función de un Consejo predeliberativo,<sup>18</sup> y en la *Anábasis* los estrategos, sumados a los *lochagoi*,<sup>19</sup> o solos los generales, también se reúnen para deliberar antes de convocar una asamblea.<sup>20</sup> Pero ni en Homero ni entre los cireos el supuesto órgano predeliberativo es independiente de los jefes. Como indica la escena de la *Ilíada*, el *demos* es necesario pero está desinformado y es incapaz de advertir las trickeynuelas de los jefes. En el ejército mercenario, ciertamente se invita a hablar a cualquiera,<sup>21</sup> pero al no existir un órgano consultivo reducido cuya constitución sea pareja a la de la multitud, la deliberación en general es conducida desde arriba hacia abajo. Sin embargo, como veremos, la independencia de los Diez Mil es mayor que la de los aqueos de Homero y, en numerosas ocasiones, la voluntad de la multitud hace retroceder a los líderes.

En lo que coinciden ambos contextos es en presentarnos ejércitos de orígenes heterogéneos en los que la jefatura única es, más que nada, honorífica y muy dependiente de los dirigentes de cada unidad nacional, los cuales forman un colegio de generales. Si entre los aqueos de Troya hay muchos basileos, son también muchos los generales que acompañan a Clearco. Ni Agamenón ni Clearco pueden actuar sin su estado

<sup>14</sup> Jenofonte, *Anábasis*, I, 3, 9: συναγαγόν.

<sup>15</sup> Jenofonte, *Anábasis*, I, 3, 13-17.

<sup>16</sup> Jenofonte, *Anábasis*, I, 3, 18-19.

<sup>17</sup> Jenofonte, *Anábasis*, I, 3, 21; I, 4, 13.

<sup>18</sup> Ruzé 1997, p. 62-64.

<sup>19</sup> Jenofonte, *Anábasis*, I, 7, 2; II, 2, 3; III, 1, 11.

<sup>20</sup> Nussbaum 1967, p. 38-39, 47, aproxima el papel de los capitanes al de un Consejo. Los considera “ciudadanos activos” porque piensa que son ellos y no los soldados los que hablan en las asambleas. Los generales serían el gobierno colegiado, a pesar de que pueda haber uno o dos líderes.

<sup>21</sup> Jenofonte, *Anábasis*, I, 3, 13.

mayor, lo que hace a su vez potencialmente más fuerte la capacidad de presión de los soldados. También revelan ambos escritos la importancia de la oratoria aparejada a la deliberación. Homero suele calificar a los dirigentes por sus habilidades tanto militares como en el consejo o asamblea, y Jenofonte manifiesta una y otra vez la importancia de saber argumentar ante la multitud, siendo él el protagonista de numerosos discursos.

Otra circunstancia en la que se reunió un gran ejército de procedencias diversas fue la defensa común griega frente a la invasión de Jerjes. Aunque en esta coyuntura la dirección militar recayó en la ciudad de Esparta, tras la derrota en Termópilas y la indecisa batalla naval de Artemisio, se abrió un paréntesis crítico en el que las discusiones entre los generales sobre la estrategia a seguir eran intensas.<sup>22</sup> Se debatía sobre si se debía presentar batalla frente al Istmo, cerca de donde las fuerzas de tierra del Peloponeso se esforzaban en alzar un Muro, o bien – a propuesta de Temístocles – en el estrecho entre Salamina, donde se había refugiado la mayor parte de la población civil ateniense, y la costa ática, desde donde era visible el incendio de la Acrópolis.<sup>23</sup> Heródoto afirma que en este clima de indecisión los soldados se reunían entre sí, discutían y mostraban su desacuerdo con una u otra propuesta, de modo que, finalmente, fue convocada una asamblea (*συλλογός ἐγίνετο*). Las palabras del historiador ponen en relación la discordia entre los soldados con la reunión. Atenienses, megareos y eginetas no renunciaban a defender los territorios al norte del Istmo. Macan<sup>24</sup> opina que Heródoto no deja claro de qué tipo de reunión se trata, un cónclave de los generales, de los *epibatai* o una asamblea de todo el ejército. Schrader<sup>25</sup> entiende que lo que el historiador describe es una asamblea tumultaria que podría no ser histórica. No obstante, da la sensación de que la in tranquilidad y el malestar de los soldados forzara a los jefes a debatir en público, es decir, en asamblea. En todo caso, la escena no resultaba inverosímil o extraña a los lectores de Heródoto. A todas luces, los miembros peloponesios del ejército no consideraban sensata la decisión del almirante Euribádes<sup>26</sup> quien se había inclinado del lado de Temístocles, al darse cuenta de que, sin Atenas, sería imposible derrotar

<sup>22</sup> Heródoto, VIII, 49; 60.

<sup>23</sup> Heródoto, VIII, 56.

<sup>24</sup> Macan 1908, p. 473, escribe: “These points are not clear in the story, or in the mind of the historian”.

<sup>25</sup> Schrader 1989, p. 123, n. 377.

<sup>26</sup> Heródoto, VIII, 74.

a Jerjes. Temístocles salió de la mencionada reunión (*ἐκ τοῦ συνεδρίου*)<sup>27</sup> al temer que su estrategia no resultara vencedora en la deliberación, y envió a su sirviente Sicino a parlamentar con los generales persas y comunicarles la voluntad de parte de los griegos de huir.<sup>28</sup> Como es sabido, el ardido del estratego ateniense fue el desencadenante de la batalla naval en el estrecho y, por tanto, el responsable de la aplastante y decisiva victoria naval de los griegos.

De ser histórica la asamblea anterior a la batalla de Salamina sería otro ejemplo de cómo una multitud de hombres libres, muchos de ellos armados – al menos los hoplitas –, no era fácil de disciplinar exclusivamente a través del mando, sobre todo, si este era plural y heterogéneo y no procedía de una *polis* única. De hecho, si algo testimonia la aventura de los Diez Mil es la habilidad y/o astucia requeridas por el o los generales para conducir a millares de hombres libres, a veces en contra de su voluntad. Que un número elevado de guerreros constituye en sí una *polis* lo sostiene el mismo Nicias, cuando se retiran los atenienses del Gran Puerto de Siracusa,<sup>29</sup> y les dice que dondequiera que se asienten serán una ciudad, y una ciudad terrible para el resto de las ciudades siciliotas. También los cireos fueron una amenaza de ciudad aterradora en la costa púnica. El mismo argumento tenía en mente Jenofonte cuando planeaba fundar una colonia en la región, sin embargo, los mercenarios que lo acompañaban nunca se sintieron como “una” ciudad.

## II- LAS ASAMBLEAS DE LA *ANÁBASIS*

Marta Sordi argumentaba que Jenofonte asumió la dirección de los mercenarios a la muerte de Clearco, y solo entonces se habría introducido el modelo ateniense de asambleas en la práctica del ejército.<sup>30</sup> Sin embargo, es cuestionable que Jenofonte haya tenido ese mando que la italiana le supone. En primer lugar, como ya se ha indicado, la propia naturaleza de las fuerzas convocadas por Clearco, nos lleva a pensar en una

<sup>27</sup> Aquí Macan 1908, p. 474 afirma, “this is plainly a meeting of the *Strategoi*”, celebrada en la noche. Immerwahr 1966, p. 171-174 reconstruye las reuniones del alto mando heleno a lo largo de dos noches y dos días y no dice nada de una asamblea de los soldados, pero subraya que la desunión de los griegos es el eje temático de Heródoto.

<sup>28</sup> Heródoto, VIII, 76.

<sup>29</sup> Tucídides, VII, 77, 4.

<sup>30</sup> Sordi 2000, p. 108. Seguramente fue Quirísofo el elegido como mando entre los generales (Diodoro. XIV, 27, 1). En buena lógica, ya que era el comandante de los ochocientos hoplitas enviados por Esparta a Ciro cuando esta ciudad decidió apoyar su causa.

dirección conjunta de los estrategos que, a su vez, son los generales o jefes supremos de cada contingente nacional. Y esa realidad resulta palmaria tras la muerte en Cunaxa de Ciro, que era quien daba unidad en los fines a todos los cireos y, aún más, tras el asesinato de Clearco, el jefe espartano responsable de la concentración de la mayor parte de los mercenarios griegos. Los generales se reúnen con frecuencia, y convocan a los *lochagoi* para darles órdenes que deben transmitir a los suyos, o para deliberar conjuntamente. En las situaciones más conflictivas, como es cuando hay que decidir qué hacer tras el secuestro de los estrategos, se reúnen todos los oficiales y deliberan juntos, ya que no parece haber distancia insalvable entre estrategos y capitanes. Al tratarse de un ejército numeroso y de orígenes diversos, el problema de mantenerlo cohesionado, único modo de supervivencia tras quedar sin destino claro es, lógicamente, subrayado por Jenofonte en varias ocasiones.

Tras la muerte de Ciro, Artajerjes exigió la rendición de las fuerzas griegas las cuales, sin embargo, no se declaraban derrotadas. Empezaron entonces unas negociaciones – en las que mediaba Tisafernes – con el Gran Rey con el objeto único para los cireos de salir del Imperio persa sanos y salvos. Clearco, con más razón en esas circunstancias, seguía sosteniendo ante Tisafernes que los griegos no sabían que Ciro los estaba llevando a enfrentarse con el Rey,<sup>31</sup> por lo que simplemente esperaban poder retirarse sin sufrir daños.<sup>32</sup> Los “griegos”, es decir los soldados, como es natural, no permanecían callados, sino que eran conscientes de cuáles serían los escollos que tendrían que afrontar al hallarse en pleno corazón del Imperio. Necesitarían guías, tendrían problemas de abastecimiento y sospechaban de Arieo y de Tisafernes.<sup>33</sup> Veían a Clearco demasiado relajado y le exhortaban a no fíarse. Pero el lacedemonio, que no desconocía los argumentos que oía de otros, también sostenía que no sería posible atravesar los dominios del Rey si no lograban de este garantías tanto de no ser atacados como de poder abastecerse. Llama la atención, en la escena anterior, la cercanía entre los generales y los soldados; hay constante intercambio de preocupaciones y reflexiones entre ellos y, en modo alguno, se manifiesta algo parecido al desprecio que Ulises muestra hacia Tersites. El intercambio de opiniones en corrillos recuerda al ambiente tenso, entre la tropa, anterior de la batalla de Salamina. Finalmente, Clearco, otros cuatro estrategos

<sup>31</sup> Jenofonte, *Anábasis*, II, 3, 21-23.

<sup>32</sup> Para los cireos ya no tenía ningún sentido ir contra el Rey, cf. Lendle, 1995, p. 107. Sobre el interés apologético de Jenofonte, al negar que Próxeno y, por ende, él supieran contra quién eran conducidos, cf. Lendle 1995, p. 150-151.

<sup>33</sup> Jenofonte, *Anábasis*, II, 4, 3; II, 5, 29.

– entre ellos Próxeno, el amigo de Jenofonte, y Menón del que sospechaba Clearco – y veinte *lochagoi* se prestaron a acudir a la tienda de Tisafernes donde fueron detenidos. Luego fueron llevados a presencia del Rey en Babilonia y ejecutados.

Cuando la noticia de la captura de los que habían acudido invitados por Tisafernes llegó al campamento griego, fue Jenofonte quien decidió, primero, hablar a los capitanes de Próxeno animándolos a reorganizarse para defenderse. La alocución que les dirigió se asemeja más a una arenga a la tropa que a un discurso deliberativo. Lo significativo, si Jenofonte no lo inventa todo, es que un simple particular con estatus ambiguo,<sup>34</sup> aunque amigo íntimo del general desaparecido, fuera capaz de convocar<sup>35</sup> y exhortar a los oficiales de tal manera que estos, primero lo eligieron para que se pusiera en la dirección<sup>36</sup> y luego reunieran al resto de estrategos y capitanes vivos, un centenar en total, para tomar decisiones con el fin de no caer en manos del enemigo.<sup>37</sup> En circunstancias excepcionales, el autor pone de relieve la importancia que adquiere el liderazgo, que se manifiesta en la capacidad de transmitir ánimo y planificación mediante la palabra, y en cómo el mismo ejército lo necesita y respeta.<sup>38</sup> La primera de estas decisiones fue nombrar sustitutos de los generales que habían sido apresados; es entonces cuando Jenofonte fue elegido en sustitución de Próxeno como general del contingente beocio.<sup>39</sup> En suma, el proceso resumido ahora demuestra la no existencia de un mando único absoluto, sino más bien de una codirección con una figura hegemónica. Aunque no es Jenofonte quien encarnaba esa figura sino Quirísofo.<sup>40</sup>

Los nombramientos se realizaron en el cónclave de los oficiales y fueron ellos<sup>41</sup> los que convocaron a los soldados. En esta asamblea, habló primero Quirísofo – quien

<sup>34</sup> Ni estratego, ni capitán, ni mercenario (3, 1, 4). Flower 2012, p. 121-125 argumenta que esta situación forma parte de la exoneración de culpabilidad por parte de Jenofonte. Cf. Lendle 1995, p. 155.

<sup>35</sup> Jenofonte, *Anábasis*, III, 1, 15.

<sup>36</sup> Jenofonte, *Anábasis*, III, 1, 25-26: οἱ ἀρχῆγοι ἀκούσαντες ἡγεῖσθαι ἐκέλευον πάντες.

<sup>37</sup> Jenofonte, *Anábasis*, III, 1, 33 s.

<sup>38</sup> Marincola 2017, p. 111-112, subraya que el liderazgo se despliega tanto en la acción guerrera como en la asamblea.

<sup>39</sup> Jenofonte, *Anábasis*, III, 1, 47.

<sup>40</sup> Diodoro, XIV, 27, 1 solo dice que, tras el secuestro de los estrategos, los soldados eligieron otros y pusieron en el mando supremo a Quirísofo. Este estratego ya es nombrado en XIV, 19, 5 como comandante de los ochocientos hoplitas enviados por Esparta cuando decidieron ayudar a Ciro. Al llegar a Iso manifestó a Ciro la buena disposición de los lacedemonios hacia su causa (21, 1).

<sup>41</sup> Jenofonte, *Anábasis*, III, 2, 1: οἱ ἄρχοντες.

también cerró el turno de intervenciones –, luego intervino Cleanor y, el tercero, de forma mucho más prolífica, Jenofonte.<sup>42</sup> De su discurso, además de recordar a los griegos que los dioses estaban de su parte y que no había obstáculo que no pudieran vencer,<sup>43</sup> lo más importante fue la exhortación a la disciplina porque, dijo, el enemigo había previsto que decapitar al ejército significara que el pánico y la indisciplina determinaran su fácil derrota. Quirísofo invitó a votar y todos levantaron la mano sin que aparentemente hubiera recuento de votos; Jenofonte añadió consejos sobre cómo disponer al ejército y la impedimenta en una formación cuadrangular, lo que también fue aprobado.

El trayecto a través de la tierra de los cardudos y, luego, por Armenia, presentó numerosas dificultades que los generales fueron afrontando con sus decisiones. En ese lapso de tiempo, si nos atenemos a nuestro texto, no fue posible realizar asambleas. Pero, una vez llegados a Trapezunte, al inicio del libro V, se celebró la primera reunión de todo el ejército. El autor escribe, sin más, que se reunieron para deliberar (*ξυνελθόντες ἐθουλεύοντο*), aunque, tras la primera intervención de un tal León de Turio, habla del ruidoso apoyo de “los soldados”,<sup>44</sup> lo que significa que era una asamblea de todo el ejército y no un cónclave de los oficiales. Y es lógico porque ya no se trataba de resolver cuestiones estratégicas con el fin, que también había sido aprobado en asamblea general, de huir de los persas y salvarse llegando a territorio griego, sino de debatir cómo habría de ser el final del viaje. El mencionado León de Turio, cuyo estatus desconocemos, aunque podría ser un soldado raso, propuso concluir el regreso por mar y el resto de la tropa apoyó la propuesta de forma atronadora. Quirísofo se ofreció a ir a negociar el envío de naves a Bizancio donde se encontraba el navarco espartano, Anaxibio, lo que fue también aprobado,<sup>45</sup> y Jenofonte dio algunos consejos sobre cómo organizarse

<sup>42</sup> Jenofonte, *Anábasis*, III, 29-30; 33; 36; 38. No debe extrañar que Jenofonte se atribuya intervenciones muy circunstanciadas ya que su obra tiene un contenido apologético innegable. Debido a esos largos discursos podría dar la impresión de que él estaba a la cabeza de toda la expedición, sin embargo, es Quirísofo quien habla primero y último, y quien va a la vanguardia del ejército (IV, 1, 6 y 15).

<sup>43</sup> Si nos atenemos a la reconstrucción que Jenofonte hace de sus discursos, en este caso se habría equivocado plenamente al despreciar la superioridad persa en la fuerza de la caballería (III, 2, 18). Muy pronto tuvo que corregir ese error, como él mismo reconoce (III, 3, 11; 16).

<sup>44</sup> Jenofonte, *Anábasis*, V, 1, 2: *στρατιώται ἀνέθορύθησαν*. Tacon 2001, p. 188 asume que las manifestaciones ruidosas de aprobación o desacuerdo refuerzan la idea de democracia participativa. Thomas 2016, sin negar que la implicación de la muchedumbre en ocasiones se manifestaba de manera bulliciosa, es más cauta y reconoce que, a veces, el criterio implicaba ausencia de atención en torno a lo que se debatía.

<sup>45</sup> Jenofonte, *Anábasis*, V, 1, 4.

para conseguir alimentos, sin correr más riesgos de los necesarios,<sup>46</sup> y para capturar los barcos que se acercaran a la costa. Todas estas propuestas fueron siendo aprobadas por la asamblea lo que indica que ningún paso se daba sin que fuera debatido públicamente y sostenido por la masa de los mercenarios. Por último, el ateniense aconsejó presionar a las ciudades para que arreglaran los caminos por si acaso no llegaban los barcos que iba a solicitar Quirísofo, pero la respuesta de la asamblea fue de oposición frontal (*ἀνέκραγον*), comportamiento que el autor califica de *ἀφροσύνη*, y que Jenofonte afronta no sometiendo a votación su propuesta, pero convenciendo a los de las ciudades de que lo hicieran, para evitarse los peligros que entrañaba la presencia de tantos soldados en su entorno.<sup>47</sup>

No dice nuestro autor si la decisión que se tomó, tras cierta espera, de partir de Trapezunte, fue aprobada en asamblea, pero, además de la expresión<sup>48</sup> que parece indicar una resolución votada, es lógico pensar que así fuera. Ni había posibilidad de lograr botín y alimentos, ni disponían de suficientes naves requisadas, ni regresaba Quirísofo pero, si la asamblea había decidido viajar por mar, tendría que aprobar ahora el regreso de, al menos, parte de los soldados a pie. En tres días llegaron a Cerasunte, colonia de Sínope, donde hicieron recuento de los supervivientes. En total 8,700 hoplitas. Desde Cerasunte tenían que atravesar las tierras de los mosinacos, con parte de los cuales establecieron una alianza, ya que se hallaban divididos, para derrotar a la otra parte. Tras enfrentamientos sangrientos e importantes bajas, lograron asegurarse un avituallamiento abundante.<sup>49</sup>

Finalmente llegaron a Cotiora, otra colonia de Sínope, en el país de los tibarenos. En Cotiora permanecieron 45 días, un largo periodo en el que se reagudizó el problema de alimentar tantas bocas y la consiguiente amenaza de devastación para los locales. Las circunstancias empujaron a los de Sínope a acercarse a Cotiora y parlamentar ante el ejército sobre la marcha por mar. Envieron, pues, embajadores que se quejaron de los excesos que ya habían cometido los expedicionarios. En esta primera reunión habló Hecatónimo para advertir a los cireos de que, si no se comportaban con justicia, los

<sup>46</sup> La necesidad de esquilmar las aldeas enemigas fue una constante en todo el trayecto y no dejó de serlo al llegar a las ciudades griegas, las cuales no podían ofrecer mercado a tantos hombres, ni estos poseían medios para adquirir lo necesario, cf. Lendle 1995, p. 294, sobre la centralización y protección armada de esta tarea.

<sup>47</sup> Jenofonte, *Anábasis*, V, 1, 9-11; 13-14.

<sup>48</sup> Jenofonte, *Anábasis*, V, 3, 1: *ἐδόκει ἀπίτεον εἶναι*.

<sup>49</sup> Jenofonte, *Anábasis*, V, 4, 2; 27.

sinopeos podían aliarse con los paflagonios. En respuesta, tomó la palabra Jenofonte para informar a los de Sínope sobre la urgente necesidad de aprovisionar a los soldados, por lo que, si no se les ofrecía la posibilidad de adquirir la comida, se verían obligados a obtenerla por la fuerza. No dice claramente Jenofonte si esta reunión fue una asamblea; el verbo que emplea en relación con la alocución de Hecatónimo es *προαγωεύω* que podría, aunque no necesariamente, indicar un alegato ante la asamblea; lo cierto es que este orador no habló solo ante los oficiales, sino que explícitamente lo hizo ante los στρατιῶται. No es habitual en las ciudades griegas que las embajadas sean llevadas ante las asambleas, organismo que decide acerca de los acuerdos internacionales. Tras la intervención de Jenofonte, otro de los embajadores de Sínope tomó la palabra y, con el fin de rebajar la tensión, propuso llegar a algún acuerdo.<sup>50</sup>

Al día siguiente los generales convocaron la asamblea y, lógicamente, de nuevo fueron invitados los sinopeos. En esta segunda ocasión Hecatónimo se disculpó por sus amenazas del día anterior y reconoció que llegar desde Cotiora a Heraclea por tierra era, no difícil, sino imposible (*πανταπάσιν ἀδύνατον*) por lo que sería preciso proporcionar barcos para llegar primero a Sínope y luego a Heraclea. A partir de ese lugar, no existirían problemas tanto para avanzar a pie como para hacerlo en barco. Como cabía esperar, fue votada y aprobada (*ἐψηφίσαντο*) la propuesta de ir por mar, a pesar de las sospechas que los griegos abrigaban hacia Hecatónimo. Pero Jenofonte, manifestando su temor a la debilidad que supondría la dispersión, advirtió que el ejército entero debía embarcar a la vez. Como los embajadores sinopeos recomendaran a los cireos enviar sus embajadores a Sínope, se abrió un compás de espera en el que estalló el conflicto sobre la posibilidad, tan querida de Jenofonte, de fundar una nueva ciudad griega.<sup>51</sup>

Este proyecto hubiera supuesto un giro de ciento ochenta grados en los planes, hasta entonces compartidos por todo el ejército, de regresar a Grecia. Jenofonte, según sus palabras, pensó que sería hermoso ampliar los territorios de Grecia y que se iba a tratar de una ciudad grande si participaban todos los soldados. Pero, como hombre piadoso, recurrió a Silano, el antiguo adivino de Ciro, para que hiciera los sacrificios pertinentes y conocer la voluntad de los dioses. Silano, cuyo deseo era regresar a toda costa – pues aún guardaba los tres mil daricos con los que Ciro lo había premiado –, hizo correr la voz de que Jenofonte no quería que el ejército regresara, sino permanecer en el Ponto y fundar allí una ciudad para su gloria. La difusión del rumor dio lugar a que se fueran

<sup>50</sup> Jenofonte, *Anábasis*, V, 5, 3; 7-8; 16; 24.

<sup>51</sup> Jenofonte, *Anábasis*, V, 6-1: ξυνέλεξαν οἱ στρατηγοὶ τοὺς στρατιῶτας; 10; 12.

manifestando los diversos sentires y, como dice nuestro autor, la mayoría no estaba a favor ( $\tauοὶς πολλοῖς$ ). Timasión de Dárdano y Torax de Beocia se movieron para lograr que los sinopeos y los heracleotas prometieran sueldos a los soldados si embarcaban y partían.<sup>52</sup> Timasión lo comunicó a la asamblea ( $ἀκούστας ἐν ξυλόγῳ τῶν στρατιωτῶν$ ) y tanto él como Torax prometieron sueldos a los que embarcaran. Finalmente, Jenofonte tuvo que defenderse de las acusaciones que le hacían otros de ocultar al común lo que comunicaba a los particulares intentando convencerlos. Su disculpa consistió en sostener que los sacrificios los había hecho para saber si era oportuno o no comunicar su aspiración a los soldados. Añadió que Silano le había revelado una conspiración contra él (en realidad la del mismo Silano), y que puesto que Timasión y Torax habían logrado los barcos y el dinero, él renunciaba a su empresa e invitaba a quienes la hubieran suscrito a hacer lo propio. Su alegato final fue a favor de permanecer unidos y propuso que la deserción fuera considerada un delito. Sometida esta moción a votación, fue unánimemente aprobada con un alzamiento de manos.<sup>53</sup>

Pero, si bien los heracleotas enviaron los barcos, las promesas de soldada no se cumplieron, y Timasión y Torax entraron en pánico por lo que se acercaron a Jenofonte para que convocara a los hombres y les propusiera ir hacia el río Fasis. Esto implicaba retroceder hacia occidente con el fin de asentarse en la zona, por lo que Jenofonte se negó y les dijo que si tal era su deseo, que convocaran ellos ( $ξυλέσαντες$ ) a los soldados, a lo que los otros respondieron que antes de reunir a la asamblea tratarían de convencer a los capitanes ( $οὐ ἐκκλησιάζειν ἀλλὰ τοὺς αὐτοῦ ἔκαστον λοχαγοὺς πείζειν$ ). Sin embargo, dado que se extendían los rumores en contra de Jenofonte y que daban pie a conciliábulos y corrillos entre los soldados ( $ξύλλογοι ἐγίγνοντο καὶ κύκλοι ξυνιστάντο$ ) por la sospecha de que no hubiera renunciado a su plan de fundar una colonia, finalmente fue él quien decidió convocar una asamblea ( $ἀγοράν$ ) para frenar las reuniones espontáneas.<sup>54</sup> Otra vez es la presión ejercida por el malestar del ejército la responsable de la convocatoria asamblearia hecha por un estratega. Dice nuestro autor que los soldados fueron

<sup>52</sup> Las ciudades griegas de la zona también tendrían miedo de que los mercenarios se asentaran en sus cercanías. Como los cireos no habían recibido soldada desde Cunaxa, la propuesta de Timasión y Torax podría favorecer la pronta marcha del ejército, cf. Lendle 1995, p. 345-346. Flower 2012, p. 142 deduce del texto de Jenofonte cuáles eran los intereses de Timasión: retornar a su patria, sobornando a los sinopeos y heracleotas (V, 6, 21-23).

<sup>53</sup> Jenofonte, *Anábasis*, V, 6, 15-16; 18-19; 22; 27; 33.

<sup>54</sup> Jenofonte, *Anábasis*, V, 7, 1-3:  $αὐτομάτους$ .

llamados por un heraldo.<sup>55</sup> ¿Significa eso que en otras ocasiones no se echará mano de heraldos? Ciertamente es imposible dar una respuesta indubitable a esta pregunta. En muchas ocasiones no sabemos ni quién convoca la asamblea de manera oficial, aunque la iniciativa podría partir de cualquier estamento y de uno o de varios individuos. Y no sería extraño que se enviara a heraldos para comunicar el momento de la reunión dadas las dimensiones del ejército.

En defensa de las calumnias que se vertían sobre él, Jenofonte hizo razonamientos convincentes dirigidos a unos hombres que – no lo olvidemos – habían sido llevados, con engaños, por Clearco y Ciro a luchar contra el Rey hasta el mismo corazón de su imperio. Como parece que aplacó a la muchedumbre, al hacerles ver que nadie podría transportarlos hacia occidente en su ignorancia y sin su aprobación, Jenofonte dio un paso más y, tras narrar el comportamiento irregular y al margen de toda disciplina del *lochagos* Cleáreto en Cerasunte, con la consecuencia de la muerte de tres embajadores de entre los cólquidos amigos de los cerasuntios, así como la persecución del agoránomo Zelarco y la subsiguiente muerte ahogados de varios agoránomos cerasuntios, preguntó al auditorio si era aceptable esa indisciplina y que cualquiera se autonombrara estratego sin haber sido elegido por todos ellos.<sup>56</sup> Al parecer, poniéndose todos en pie (*ἀνιστάμενοι πάντες ἔλεγον*) y, quizás, levantando las manos, aunque no se diga explícitamente, todos aprobaron considerar ilegales estas acciones y juzgar a todos los estrategos por cualquier acto de injusticia que se hubiera producido desde la muerte de Ciro. En calidad de jueces, actuarían los capitanes. También se aprobó purificar el ejército.<sup>57</sup>

El VI libro de la *Anábasis* se abre con el acuerdo entre el ejército de los griegos y Corilas, el jefe (*ἀρχων*) de los paflagonios. Al llegar al campamento griego la embajada de Corilas, se entrevistó con los generales quienes, a su oferta de acuerdo, respondieron que la someterían a consulta en el ejército, reunión que se produjo al día siguiente – tras un banquete de hospitalidad – donde la alianza fue aprobada.<sup>58</sup> Después de esto

<sup>55</sup> Única vez en la *Anábasis* que se emplea el término, cf. Lendle 1995, p. 350. Cordano 2000, p. 112; p. 117-118, pone de relieve la convocatoria por heraldo; para Sordi 2000, p. 108, solo una asamblea convocada por heraldo sería una verdadera asamblea deliberativa; y solo lo eran tras el asesinado de los generales (III, 1, 47). Tuplin 2014, p. 95, afirma que no hay otro caso en el que se preste tanta atención a la convocatoria y también subraya el uso del término ágora.

<sup>56</sup> Jenofonte, *Anábasis*, V, 7, 27-28. Cf. Fowler 2012, p. 144-145 para quien Jenofonte quizás tuvo miedo de que le ocurriera lo que a los embajadores cólquidos y a los agoránomos de Cerasunte.

<sup>57</sup> Jenofonte, *Anábasis*, V, 7, 34: *ἔδοξε*.

<sup>58</sup> Jenofonte, *Anábasis*, VI, 1, 3; 14: *ἔδοξε τοῖς στρατιῶταις μήτε ἀδίκειν Παφλαγόνας μήτε ἀδίκεισθαι*.

navegaron de Cotiora a Sínope, hecho que coincidió con la llegada de Quirísofo quien no había logrado traer las esperadas naves desde Bizancio.<sup>59</sup>

En esos momentos narra el autor el modo en el que se propala por el ejército la idea de la conveniencia de tener un solo general. Este hecho muestra una vez más que, a lo largo de la dilatada travesía por el interior de Mesopotamia e, incluso, después de su llegada a la costa, el ejército mercenario había sido guiado por el colectivo de los generales. Jenofonte se sintió halagado al conocer que muchos soldados lo veían como el candidato a ese puesto, pero decidió consultar a los dioses, concretamente a Zeus Basileo, para saber si ello era conveniente y, como la divinidad se mostró en contra, decidió renunciar. Una vez reunido el ejército en asamblea (*στρατιὰ συνῆλθε*), viendo él que, si se sometía a votación, iba a ser elegido (*αἱρήσονται αὐτὸν, εἴ τις ἐπιψηφίζοι*), se levantó para tomar la palabra y argumentó sobre la ventaja de elegir a un lacedemonio, por lo que finalmente fue elegido Quirísofo, quien dio la orden de embarcarse al día siguiente con destino a Heraclea.<sup>60</sup>

Al llegar a Heraclea, de nuevo el ejército es convocado para deliberar (Οἱ δὲ στρατιῶται συλλέγεντες ἐβουλεύοντο) acerca de si el resto del viaje debía hacerse por tierra o por mar. En esta asamblea tomó la palabra un tal Licón de Acaya para exigir de los heracleotas, quienes ya habían hecho donación de alimentos en calidad de dones de hospitalidad, que les proporcionaran el dinero para adquirir la manutención (*ἐκποριζεῖν σιτηρέσιον*) ya que con lo recibido no habría ni para tres días. Otra voz anónima se alzó para proponer enviar ya a la ciudad unos embajadores – mientras seguía reunida la asamblea (*καθημένων*) –, de modo que fuera posible deliberar acerca de lo que los heracleotas dijeron. Da la sensación de que ambos oradores sean soldados pues parece que el *staff* de oficiales se viera sorprendido por las propuestas. Es indicio del gran poder de la asamblea el hecho de que ni Quirísofo, ni Jenofonte quisieran ir de embajadores por estar en desacuerdo con la decisión de presionar de ese modo a una ciudad griega. Tras recibir y escuchar a la embajada constituida por Licón, Agasias de Estinfalia y Calímaco de Parrasia,<sup>61</sup> los heracleotas recogieron sus aperos del campo, así como el mercado, dentro de las murallas y cerraron la ciudad.

<sup>59</sup> Jenofonte, *Anábasis*, VI, 1, 14-15.

<sup>60</sup> Jenofonte, *Anábasis*, VI, 1, 25; 26; 36; 37.

<sup>61</sup> Jenofonte, *Anábasis*, VI, 2, 4; 5; 8. Lendle 1995, p. 374, supone que eran *lochagoi*. En el párrafo 9 dice Jenofonte que « acusaban a los generales » por lo ocurrido.

A raíz de estas desavenencias, el mando único de Quirísofo duró tan solo seis o siete días, y el ejército se dividió en tres partes.<sup>62</sup> La más numerosa la integraban los causantes de la secesión, arcadios y aqueos, quienes eligieron a sus estrategos lo que, seguramente, significa que la separación se había llevado a efecto en contra de la opinión de los anteriores generales, los cuales serían depuestos y sustituidos por unos nuevos. Solo arcadios y aqueos obtuvieron naves de los heracleotas, con las que llegaron a Calpe pero, como una vez en Calpe se dedicaron a atacar a los tracios para obtener botín y como sufrieron algún que otro descalabro, fue necesario que los hombres de Jenofonte acudieran en su rescate. Estos hechos desembocaron a la postre en la reunificación de los mercenarios en dicha ciudad. En Calpe, reaparecieron las sospechas relativas al asentamiento, anhelado por Jenofonte, del ejército en la zona para crear una nueva ciudad. El autor describe las cualidades del promontorio que lo hacían adecuado a esta finalidad, pero añade que los mercenarios deseaban regresar, por lo que acamparon en la costa al no querer hacerlo donde hubiera sido posible tal fundación (*πόλισμα/κατοικίσαι πόλιν*).<sup>63</sup>

Curiosamente, en Calpe se encadenan los problemas así como las reuniones y decisiones del ejército. Parece que hubo dos asambleas sucesivas en dos días consecutivos, la segunda convocada explícitamente por tres capitanes y en ella se tomaron decisiones importantes sobre enterrar a los caídos en las refriegas habidas con los tracios y sobre el modo de mantener la unidad de las fuerzas. Es entonces cuando el autor menciona sin más aclaraciones la muerte de Quirísofo, acaecida por entonces aunque estaba enfermo desde Heraclea, y añade que su sucesor fue Neón de Ásine.<sup>64</sup> Jenofonte comunicó al ejército que era necesario marchar a pie, pero como las víctimas no le eran favorables cundió de nuevo el rumor de que había sobornado a los adivinos porque no había abandonado el proyecto de fundar una nueva ciudad en la zona. Por ello, Jenofonte mandó un heraldo a la tropa para anunciar a los mercenarios que acudieran quienes lo desearan como testigos de los nuevos sacrificios. Empezaron a escasear las provisiones y los soldados presionaban para partir, pero los generales reunían a todos y Jenofonte decía que era imposible marchar sin la aprobación divina. En lo que parece una asamblea, uno de los soldados dijo haber oído que iba a llegar el harmosta de Bizancio, Cleandro,

<sup>62</sup> Jenofonte, *Anábasis*, VI, 2, 15. El recuento en 6, 2, 16 suma más de 8,700 hombres lo que es inverosímil porque supera la cifra de Cerasos (5, 3, 3).

<sup>63</sup> Jenofonte, *Anábasis*, VI, 2, 12; 12-26; VI, 4, 3-8.

<sup>64</sup> Jenofonte, *Anábasis*, VI, 4, 9-10; 23. Erbse 2010 [1965], p. 482 cree que entonces es cuando Jenofonte se pone a la cabeza del ejército.

con barcos y que esa era la razón de que los sacrificios no les fueran favorables para la marcha.<sup>65</sup>

Al retrasarse la partida, fue necesario obtener alimentos por lo que varias unidades de soldados fueron a saquear los poblados bitinios cercanos, encontrándose con la oposición de Farnabazo y muriendo quinientos de los griegos. Los generales decidieron que era obligado defenderse de esa amenaza y, además, recoger los cadáveres para darles sepultura; finalmente consiguieron derrotar a los enemigos y hacerlos huir. Los griegos erigieron un trofeo y, a partir de entonces, mientras aguardaban la llegada de Cleandro, podían tomar de los poblados de los vencidos todo lo que necesitaban, con la condición de todo pertenecía al común (*δημόσιον*).<sup>66</sup>

Cuando llegó Cleandro, se produjo un altercado entre quienes sostenían que el botín era comunitario y Dexipo, que ya había robado una nave en Trapezunte con la que había huido<sup>67</sup> y que no sabemos cómo estaba de nuevo en el ejército. Como Cleandro no estaba al tanto ni de ese acontecimiento, ni de las dificultades por las que pasaban los mercenarios, amenazó con advertir a todos los harmostas de la zona para que no permitieran la entrada del ejército en sus ciudades. Ante ese aviso, los jefes reunieron al ejército (*συνήγαγον τὸ στράτευμα οἵ ἀρχοντες*), asamblea en la que Jenofonte expuso la importancia decisiva de no parecer desleales a los lacedemonios, ni obrar al margen de la ley, ya que necesitaban de la amistad de los que mandaban en Grecia. Por tanto, propuso ir él mismo junto a los elegidos por la asamblea a parlamentar con Cleandro. En este encuentro aplacaron a Cleandro y dieron a conocer el pasado de Dexipo ya que, como dijo Agasias, el ganado pertenecía al común como botín, según “decreto” del ejército (*δημόσια εἴη τὰ πρόβατα ἣν γὰρ τῶν στρατῶν δόγμα*). Una nueva reunión del ejército, convocada por Jenofonte, tomó la decisión de enviar a generales y capitanes (*στρατὶν συνήγαγε*) a interceder ante Cleandro, y así lograron la liberación de los inocentes. Finalmente, los griegos llegaron a Crisópolis, tras atravesar el país de los bitinios.<sup>68</sup>

En resumen, lo que puede decirse del ejército mercenario que avanzó por la costa sur del Ponto es que es una ciudad poco institucionalizada, en la que las decisiones coyunturales de los soldados reunidos en asamblea son soberanas. Lo mismo observamos en el libro VII, donde se relata la llegada de los soldados a Bizancio ciudad en la que, por

<sup>65</sup> Jenofonte, *Anábasis*, VI, 4, 12; VI, 6, 3-4; 13-22; 18.

<sup>66</sup> Jenofonte, *Anábasis*, VI, 6, 24; VI, 5, 1 s, 27-32; VI, 6, 1-2.

<sup>67</sup> Jenofonte, *Anábasis*, VI, 1, 15.

<sup>68</sup> Jenofonte, *Anábasis*, VI, 6, 5; 9; 11; 12-14; 18; 27; 29-30; 37-38.

un lado, no reciben la soldada prometida y, por otro, tanto Farnabazo como el navarco Anaxibio muestran gran interés, uno en que abandonen Asia, otro en que salgan de la ciudad y se dirijan al Quersoneso. Para sacar a los hombres de Bizancio, Jenofonte los convoca, les habla y los convence para que no cometan injusticias contra una ciudad que nada malo les ha hecho, y para que intenten que los lacedemonios les ayuden económicamente (*ταῦτα ἔδοξε*). En esa misma reunión (*ἐτι καθημένων τῶν στρατῶν*) apareció una especie de condotiero, Cerátadas de Tebas, que se ofreció para llevarlos hasta el Delta tracio donde habían de poder abastecerse de todo. Y entretanto les prometió que él les facilitaría el alimento, pero al no ser capaz de hacerlo, fue expulsado de la dirección. El ejército se iba descomponiendo (lo que tranquilizaba a Anaxibio y a Farbanazo) y el mismo Jenofonte se preparaba para regresar a su ciudad.<sup>69</sup>

Cuando Aristarco se convirtió en harmosta de Bizancio y Anaxibio dejó de ser navarco de la zona, Jenofonte regresará, por consejo del último, para intentar reunir de nuevo a los cireos. Tras lograrlo, los puso al servicio del tracio Seutes. Hasta dos veces aprueban los soldados las propuestas de Seutes que les comunican Jenofonte o el mismo rey tracio, votaciones unánimes que, tras invitar a tomar la palabra a quien lo quiera, se producen a mano alzada.<sup>70</sup> Tras dos meses al servicio de Seutes, el tracio ya no necesitaba a los mercenarios griegos, pero estos no habían recibido la totalidad de la paga convenida y se encontraban molestos, principalmente, contra Jenofonte. Cuando llegaron los enviados de Tibrón, con la esperanza de contratar a los mercenarios para llevarlos contra Tisafernes, Seutes y su consejero Heraclides vieron el cielo abierto.<sup>71</sup> Aconsejaron a los lacedemonios Cármico de Lacedemonia y Polinico que hicieran directamente la propuesta al ejército el cual fue reunido a tal fin.<sup>72</sup> En esa reunión varios hombres acusaron a Jenofonte de quedarse con los sueldos de los soldados y este se defendió afirmando que él no había recibido nada de Seutes, y que, además, habían sido los mismos mercenarios quienes en su momento optaron por seguir al jefe tracio. Cármico informó a los cireos de que el mismo Seutes había descrito a Jenofonte como

<sup>69</sup> Jenofonte, *Anábasis*, VII, 1, 7; 2; 13; 24; 32; 38-40; VII, 2, 2. Se discute cuándo decretaron los atenienses el exilio de Jenofonte. Podría ser tras Coronea (394) por su participación en esa batalla junto a Agesilao, o mucho antes, tras su llegada a Pérgamo, cuando traspasa los cireos a Tibrón, acusado entonces de haber ido contra el Rey y contra los intereses de la ciudad.

<sup>70</sup> Jenofonte, *Anábasis*, VII, 2, 17; VII, 3, 2-6 y 13-14.

<sup>71</sup> Parece que finalmente se van aclarando la responsabilidad de Heraclides (VII, 7, 48) lo que no oculta la de Seutes.

<sup>72</sup> Jenofonte, *Anábasis*, VII, 6, 5: *συλλέξαντες*, y 7: *συλλέγεται ἡ στρατίᾳ*.

amigo de los soldados (§ 4 y 30: φίλοστραιώτης y ἄγαν φίλοστρατιώτην).<sup>73</sup> El ejército decidió unirse a Tibrón contra Tisafernes, pero varios de los asistentes a la asamblea pidieron a los lacedemonios que exigieran a Seutes que entregara a los hombres el pago convenido (40-41).<sup>74</sup>

#### CONCLUSIÓN

La *Anábasis* empieza siendo el relato de los cireos en campaña contra el Rey y pasa a ser la narración del repliegue de los mercenarios hasta su llegada a Calpe o Bizancio, desde donde deberían haber regresado a sus respectivas ciudades. En lugar de eso, los soldados se pusieron al servicio de Seutes y, luego, de los lacedemonios. Por tanto, no parece que la crónica se cierre dando cuenta del propósito inicial, ni de la voluntad de regreso de los soldados. Jenofonte debió de escribir este texto en un momento avanzado de su trayectoria vital, tras perder su propiedad de Escilunte y, por tanto, con posterioridad a la derrota espartana en Leuctra (371 a.C.). Su objetivo debió de ser recrear sus aventuras y subrayar su protagonismo en un episodio cuyo éxito es casi increíble y, de paso, defenderse de la acusación de haber actuado contra los intereses de Atenas al ponerse al servicio de Ciro quien durante la guerra del Peloponeso había sido prolacedemonio. Sabemos que Jenofonte, al final de su vida, fue perdonado y regresó a su patria, tras un breve paso por Corinto donde debió de redactar sus aventuras asiáticas. Seguramente, en la *Anábasis*, amplificó su contribución al éxito de la marcha de los Diez Mil desde Cunaxa a Heraclea, pero es muy probable que dada la energía de su juventud, y su formación socrática, asumiera la iniciativa en muchas ocasiones y, sobre todo, pronunciara discursos vibrantes y eficaces. No se puede dudar, por ejemplo, que su anhelo fuera asentar al ejército expedicionario fundando una ciudad. Y este deseo refleja hasta qué punto un número elevado de hombres sin arraigo siempre era susceptible de convertirse en una *polis*. De hecho, tal empresa chocó en todo momento con la oposición de la mayoría y le puso en más de un aprieto. Este mismo hecho pone de relieve el modo en que se gestionó la retirada de la tropa, y que pasaba por convenir en asamblea cada paso y cada norma de comportamiento.

La asamblea de los cireos tras la muerte de Ciro y la ejecución de Clearco es la que asegura la cohesión necesaria para la salvación. En ella se legisla porque no hay ciudad

<sup>73</sup> Jenofonte, *Anábasis*, VII, 6, 4; 30. Los lacedemonios inquieren si no será un tanto demagogo (ἀλλὰ ἡ δῆμαγγεῖ ὁ ἀνὴρ τοὺς ἄνδρας) a lo que Heracleides responde afirmativamente.

<sup>74</sup> Jenofonte, *Anábasis*, VII, 6, 8-10; 14; 40-41.

en la retaguardia que dicte nada útil para el ejército, ni leyes comunes y tradicionales por todos respetadas. En ella también se juzgan los delitos.

No hay en la *Anábasis* un vocabulario técnico y preciso en la descripción de las asambleas del ejército. Pocas veces se las denomina *ekklesia* o *ágora* y, como se ha visto, es muy habitual el empleo de los verbos *syllego*, *sygkaleo* o *synago*. Este fenómeno es muestra de la escasa institucionalización de la práctica, la cual, sin embargo, es un hecho innegable y esencial en la supervivencia de los mercenarios. El caso que el autor recoge de un heraldo llamando a la asamblea<sup>75</sup> es completamente circunstancial, y no es claro cuál es el papel del heraldo Tólmides en III, 1, 46, ya que en el párrafo siguiente se menciona la elección, por todos los oficiales, de los cinco nuevos estrategos y, en III, 2, 1, la convocatoria de la asamblea. No obstante, no es improbable que habitualmente las reuniones fueran convocadas por heraldo, aunque no se diga. Del mismo modo el autor, en ocasiones, subraya que un orador se pone de pie para tomar la palabra, o describe la continuación de una asamblea diciendo que todavía estaban “sentados”. La práctica era esa: los oyentes permanecían sentados y el que tomaba la palabra se colocaba de pie y en el centro. Las decisiones se sometían siempre a votación; muchas veces se menciona el alzamiento de las manos (aunque nunca el recuento), otras veces se indica que el acuerdo es unánime;<sup>76</sup> y no es infrecuente que el autor se sirva de la fórmula oficial de las asambleas atenienses ἔδοξε ταῦτα para decir que una propuesta fue aprobada, o del verbo *ψηφίζω* en el sentido genérico de votar. Y, aunque muchas veces la asamblea toma decisiones normativas, en una ocasión al menos explícitamente se habla de un δόγμα, una norma o decreto.

No siempre sabemos quién o quiénes convocan la asamblea pero cabe sospechar que una cosa es la iniciativa que puede ser de los generales, de los *lochagoi*, de todos o algunos de ellos, o incluso de los soldados cuando el clamor es grande, como cuando hay sospechas acerca de las intenciones de Jenofonte, o cuando hay malestar por no recibir la paga del tracio Seutes; y otra, el protocolo: los estrategos son los que probablemente convocaban oficialmente.<sup>77</sup> La capacidad de influir por parte de los líderes sobre la masa de los mercenarios es limitada: Jenofonte no se atreve a someter a votación la

<sup>75</sup> Jenofonte, *Anábasis*, V, 7, 3.

<sup>76</sup> La unanimidad como razona Dabdab Trabulsi 2006, p. 98 está en relación con el voto público. Pero en la *Anábasis* también hemos visto oposición mayoritaria (no total) a los planes de un líder, como cuando Jenofonte propone fundar una colonia; u oposición total a la mera sugerencia de la necesidad de regresar a pie.

<sup>77</sup> Así lo ve Nussbaum 1967, p. 54.

eventualidad de tener que regresar a pie, ni quiere proponer a debate la posibilidad de fundar una ciudad. Sabe que ambas mociones las perdería.<sup>78</sup> Esto indica que los líderes dirigen al ejército, pero no son sus jefes: la ausencia de una ciudad que ordene una determinada estrategia hace poderosos a los soldados. Los mercenarios solo están obligados a obedecer a quien les paga, si lo hace, y solo con el fin para el que fueron contratados. A la muerte de Ciro, tuvieron que abandonar toda expectativa de cobrar lo prometido y, por tanto, solo la necesidad de buscar un modo de salvarse los mantenía unidos. En ese sentido, y solo en ese, eran una ciudad en marcha. Cuando llegaron a Calpe o a Bizancio, en principio, se preveía la disolución total que solo se frenó debido al contrato que les ofreció Seutes y, luego, a causa de la propuesta de Tíbrón.

Muchas son las diferencias entre las asambleas urbanas y las de un ejército. Las últimas no tienen calendario oficial de reunión; ni cabe pensar que en ellas se produzca el problema de las ausencias o que se requiera el sueldo para asegurar que estén “llenas”. La asamblea de los soldados es convocada cada vez que la comunidad militar debe tomar una decisión y, como se trata de opciones vitales, nadie tiene la tentación del absentismo.

También la asamblea aquea ante la ciudad de Troya constituye una ciudad coyuntural, mientras dura la campaña, pero en ella los soldados tienen mucha menos capacidad de presión que los mercenarios círeos porque, en este caso, sí responden a la obediencia a una ‘ciudad’ que les impone unos jefes concretos. La asamblea de los griegos que relata Heródoto antes de la batalla de Salamina es también una asamblea de soldados de distintos orígenes ciudadanos; es convocada porque están produciéndose reuniones particulares y existe el riesgo de la desunión; los generales temen las consecuencias de la falta de cohesión y disciplina. También en esta situación era conveniente unir a la tropa y plantear abiertamente a los hombres las distintas estrategias en disputa. Desafortunadamente, poco sabemos de lo que pudo ocurrir en ella porque, para Heródoto, constituye solo la circunstancia que empujó a Temístocles a provocar, mediante una estratagema, que la batalla naval se produjera inmediatamente y en el estrecho. El hecho de que el historiador introduzca la reunión en su narración nos hace pensar que los lectores de Heródoto no la verían como inverosímil o imposible.

<sup>78</sup> Por el contrario, Nussbaum 1967, p. 58 cree que las votaciones son casi automáticas y que ninguna propuesta es rechazada.

## Bibliografía

### Fuentes

- Browson C. L. (1968), *Xenophon, Anabasis, Books I-VIII*, Cambridge, Ma.-London (Loeb).
- Hude C. (1921<sup>3</sup>), *Herodoti Historiae. Tomus posterior*, Oxford (OCT).
- Macan R. (1908), *Herodotus, The Seventh, Eighth, and Ninth Books, with Introduction, Text, Apparatus, Commentary, Appendices, Indices, Maps*, vol. I, part II, *Books VIII and IV (Text and Commentaries)*, London.
- Munro D., Allen Th. (1929<sup>3</sup>), *Homeri Opera, Tomus I, Iliadis Libros I-XII*, Oxford (OCT).
- Oldfather C. H. (1977), *Diodorus Siculus, Books XIV-XV.19*, Cambridge, Ma.-London (Loeb).
- Schrader C. (1989), *Heródoto, Historia libros VII-VIII*, Madrid (BCG).

### Estudios

- Andreev J. (1979), “Die politische Funktionen der Versammlung im homerischen Zeitalter”, *Klio*, 61/2, p. 365-405.
- Cordano F. (2000), “Senofonte e l’assemblea dell’*Anabasi*: consenso e opposizione”, en M. Sordi (ed.), *L’opposizione nel mondo antico*, Milano, p. 11-119.
- Dabdab Trabulsi J. A. (2006), *Participation directe et démocratie grecque. Une histoire exemplaire ?*, Besançon.
- Erbse H. (2010 [1965]), “Xenophon’s *Anabasis*”, en V. Gray (ed.), *Xenophon Oxford Readings in Classical Studies*, p. 439-500.
- Flower M. A. (2012), *Xenophon’s Anabasis or The Expedition of Cyrus*, Oxford.
- Immerwahr H. R. (1966), *Form and Thought in Herodotus*, Cleveland.
- Lendle O. (1995), *Kommentar zu Xenophons Anabasis (Bücher 1-7)*, Darmstadt.
- Marincola J. (2017), “Xenophon’s *Anabasis* and *Hellenica*”, en M. Flower (ed.), *The Cambridge Companion to Xenophon*, Cambridge, p. 103-118.
- Nussbaum F. B. (1967), *The Then Thousand. A Study in Social Organization and Action in Xenophon’s Anabasis*, Leiden.
- Ruzé F. (1997), *Délibération et pouvoir dans la cité grecque, de Nestor à Socrate*, Paris.
- Sordi M. (2000), “Trasibulo e la controrivoluzione di Samo: l’assemblea del popolo in armi come forma di opposizione”, en M. Sordi (ed.), *L’opposizione nel mondo antico*, Milano, 103-109.

- Strauss L. (1983), "Xenophon's *Anabasis*", en *Studies in Platonic Philosophy*, Chicago-London, p. 105-136 [with an Introduction by Th. L. Pangle].
- Tacon J. (2001), "Ecclesiastic *Thorubos*: Interventions, Interruptions, and Popular Involvement in the Athenian Assembly", *G&R*, 48, p. 173-192.
- Thomas R. (2016), "Performance, Audience, Participation and Dynamics of the Fourth-Century Assembly and Jury-Courts of Athens", en Cl. Tiersch (ed.), *Die Athenische Demokratie im 4. Jahrhundert. Zwischen Modernisierung und Tradition*, Stuttgart, p. 89-107.
- Tuplin Ch. (2014), « Le salut par la parole. Le discours dans l'*Anabase* de Xénophon », dans P. Pontier (ed.), *Xénophon et la rhétorique*, Paris, p. 69-120.